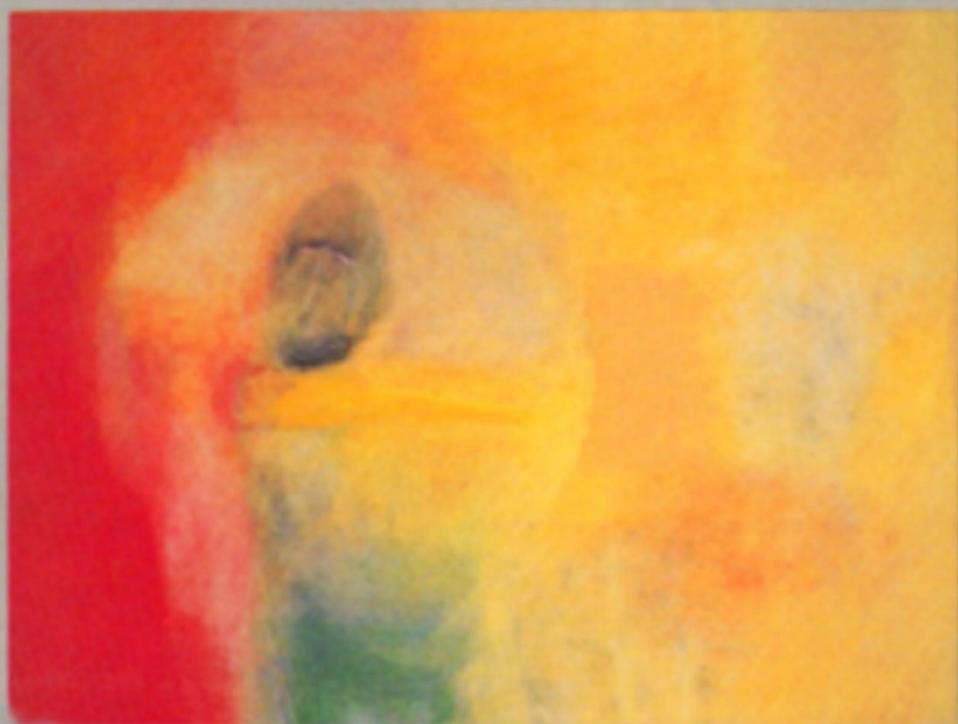


MARTÍN HOPENHAYN

NI APOCALÍPTICOS NI INTEGRADOS

AVENTURAS DE LA MODERNIDAD EN AMÉRICA LATINA



SOCIOLOGÍA
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



EL DEBATE POSTMODERNO Y LA CULTURA DEL DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

I

El debate sobre postmodernismo tiene en sus extremos dos posiciones opuestas. Por un lado, la de los postmodernos entusiastas que proclaman el colapso de la modernidad, de sus bases culturales y de sus paradigmas en ciencias sociales, en política, en arte y en filosofía. Por otro lado, la posición de los modernos críticos que reconocen la crisis de la modernidad, pero como un punto de inflexión que no supone su obsolescencia sino que es parte de su propia dinámica. Desde esta última perspectiva el mentado postmodernismo no es sino la modernidad pensándose a sí misma y explicitando sus propios conflictos irresueltos.¹

Los modernos críticos ven en los postmodernos entusiastas una moda intelectual de la década de los ochenta que, como toda moda, estaría marcada por la frivolidad y la inconsistencia. Los postmodernos, en cambio, ven en esta discusión el reflejo y el móvil de un amplio haz de fenómenos políticos, intelectuales y culturales que trascienden el ámbito académico y permean la sensibilidad de la gente, la vida cotidiana y los patrones de comunicación.

Las páginas que siguen se ubican en una veta intermedia, a saber: la de la crítica-sin-renuncia de la modernidad, pero conce-

1. En el origen del debate, la polémica Lyotard-Habermas refleja ambas posiciones. Lyotard ocupa la del postmodernismo entusiasta (Jean-François Lyotard, *La Condición Postmoderna*, trad. de Mariano Antolín Rato, Madrid, Cátedra, 1986), y Habermas, la del moderno crítico (Jürgen Habermas, "La modernidad, un proyecto incompleto", en *La postmodernidad*, comp. por Hal Foster, Barcelona, trad. de Jordi Fibla, Kairós, 1986, pp. 19-36).

diéndole al debate postmoderno una serie de implicaciones políticas y culturales que impiden reducirlo al epíteto peyorativo de moda intelectual. Lo que aquí se pretende es incorporar la perspectiva postmoderna para enriquecer o recrear desafíos postergados en el interior de la propia modernidad. Para ello resumiremos las posiciones del postmodernismo de manera esquemática, enfatizando su ambivalencia ideológica y sus distancias respecto de los paradigmas y opciones más sustanciales de la modernidad. Finalmente, intentaremos aterrizar en la realidad de América Latina los desafíos que plantea el postmodernismo, para lo cual nos desplazaremos desde la crisis de la modernidad a la crisis de los estilos de modernización. Mediante este deslizamiento de la discusión es posible latinoamericanizar el debate postmoderno y privilegiar, complementariamente, el tema de la cultura del desarrollo.

II

En uno de los textos claves del postmodernismo, Jean-François Lyotard intenta sentar las bases del debate en lo que él considera la crisis de los metarrelatos.² Por metarrelatos se entienden las categorías trascendentales que la modernidad se ha forjado para interpretar y normar la realidad. Estas categorías obedecen al proyecto iluminista y tienen por función integrar, bajo una dirección articulada, el proceso de acumulación de conocimientos, de desarrollo de las fuerzas productivas y de ordenamiento sociopolítico. Así, categorías tales como la progresión de la razón, la emancipación del hombre, el autoconocimiento progresivo o la autonomía de la voluntad, fueron elaboradas para dar sentido unitario al amplio espectro de fenómenos políticos, procesos sociales y manifestaciones culturales. Todos estos metarrelatos se remiten, a su vez, a una glorificación de la idea de progreso, es decir, a la convicción de que la historia marcha en una dirección

2. Véase J.F. Lyotard, *op. cit.*, pp. 57-78.

determinada en la que el futuro es, por definición, superación del presente. Los metarrelatos constituyen, en suma, categorías que tornan la realidad inteligible racional y predecible. Todo el esfuerzo perceptivo radica en usar las facultades de la razón para desentrañar la racionalidad que subyace a los fenómenos —sean de la naturaleza, de la historia o de la sociedad— y desde allí poder predecir racionalmente. De este modo, los metarrelatos nos facultan para describir y normar; nos muestran cómo las cosas son, hacia dónde deben encaminarse y cómo debe saldarse la brecha entre ser y deber ser. En esto tanto el liberalismo clásico como el marxismo se inspiran en una matriz iluminista común, invocando principios universales que por mucho tiempo han exhibido enorme capacidad movilizadora.

Los postmodernos cuestionan la vigencia de estos metarrelatos de la modernidad. Señalan que tales categorías axiomáticas han perdido capacidad explicativa y fuerza legitimadora. Asocian esta obsolescencia a diversos fenómenos, entre los cuales destacan los siguientes:³

- a) la revolución de paradigmas en las ciencias exactas y naturales, y el consiguiente impacto en los paradigmas de las ciencias sociales;
- b) la aceleración del cambio tecnológico y la consecuente diversificación de procesos y productos, lo cual impide percibir el cuerpo social en unidades homogéneas y extendidas, e impone al tejido social grados cada vez más altos de complejidad, movimiento y flexibilidad;
- c) el auge y la difusión de la informática, que conlleva a una proliferación de signos y lenguajes que pulverizan el modelo de racionalidad única: nuestro entorno pasa a ser interpretable desde múltiples perspectivas posibles, según el software de turno que utilicemos para asumir los desafíos que nos programamos;

3. Algunos de los elementos que se enumeran a continuación ya han sido mencionados en otros artículos contenidos en este libro.

d) la pérdida de la centralidad del sujeto en la fase actual del desarrollo histórico, en la que la complejidad de las estructuras y la fragmentación cultural tornarían inconcebible una identidad genérica a partir de la cual promover la emancipación de la humanidad, el autoconocimiento colectivo o cualquier utopía global;

e) la despersonalización del saber en una era en que dicho saber se convierte en el insumo estratégico de los nuevos procesos productivos, y la multiplicación de la información a niveles de total inconmensurabilidad; todo lo cual impide preservar la idea del sujeto-portador-del-conocimiento, y torna inviable cualquier ideología que pretenda integrar el conocimiento disponible en una interpretación comprensiva del mundo; y

f) el “éxtasis comunicacional” provocado por el efecto combinado de la informática y de las telecomunicaciones, en virtud de lo cual las fronteras nacionales y las identidades culturales quedan socavadas con el paso vertiginoso de las comunicaciones (y por cuyo efecto se difunde un verdadero *zapping* cognoscitivo y se impone una visión del mundo como pastiche o montaje de elementos flotantes).

Los postmodernos no pretenden precipitar, al menos explícitamente, la entropía de los conceptos y de las visiones que rigen la modernidad, tales como la racionalidad de la historia, el progreso o la integración por vía de la homogeneización de valores. Más bien pretenden reconocer esa entropía en los hechos. No obstante, para quienes han seguido de cerca el debate, no es claro si esta crisis —y ocaso— de los metarrelatos modernos es solamente descrita, o quiere ser provocada por los postmodernos entusiastas.⁴

4. “La cultura postmoderna no orienta un proceso de secularización: es su producto. Más exacto, es la expresión de una hipersecularización. Quizá debamos entenderla como una racionalización ex-post de un desencanto”. (Norbert Lechner, “La democracia en el contexto de una cultura postmoderna”, en *Cultura política y democratización*, comp. por Norbert Lechner, Santiago de Chile, FLACSO/CLACSO/ICI, 1987, pp. 253-262).

III

Veamos sucintamente los principales blancos de ataque sobre los cuales se vuelca el discurso postmoderno:

a. *La idea de progreso*: La historia no marcha de manera ascendente; es discontinua, asincrónica, preñada de múltiples direcciones y con márgenes crecientes de incertidumbre respecto del futuro. No hay una racionalidad interna y única que regula el movimiento de la historia, sino múltiples fuerzas inconjugables en una razón comprensiva, y que dan resultados imprevistos, provisorios, parciales y dispersos.⁵

b. *La idea de vanguardia*: Puesto que no hay ni racionalidad ni direccionalidad únicas en la historia, menos puede reconocerse como legítima la aspiración de un grupo que se adjudique para sí la interpretación racional de la historia y que, a partir de esa interpretación, deduzca una direccionalidad normativa a escala global. Trátese de política, ciencia, arte o cultura, sea la vanguardia el partido, el Estado, la elite educadora o la tendencia estética, nadie puede pretender constituirse en el grupo elegido o destinado a establecer orientaciones totalizadoras. Una vez cuestionada la categoría de direccionalidad y de racionalidad de la historia, toda vanguardia aparece investida de poder autoritario y discrecional.⁶

5. Véanse: Carlos Pareja, "Más allá del mito del progreso", Montevideo, CLAEH, 1987; Benjamín Arditi, "Una gramática postmoderna para pensar lo social", en *Cultura política y democratización*, op. cit., pp. 169-188; y Michel Foucault, "Nietzsche, la genealogía, la historia", en *El discurso del poder*, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Buenos Aires, Folios, 1983, pp. 134-157.

6. Véase Arturo Fontaine Talavera, "La sensibilidad postmoderna", en *Revista de Estudios Públicos* N° 27, Santiago de Chile, 1988, pp. 295-305; y Octavio Paz, "El ocaso de la vanguardia", en *Los hijos del Lima*, Seix Barral, Barcelona, 1987.

c. *La idea de integración modernizadora o modernización integradora*.⁷ El supuesto moderno que marca los criterios de modernización, según los cuales ir al compás de los tiempos implica desempeñar ocupaciones de productividad creciente, promover grados progresivos de educación formal e incorporar masivamente una sensibilidad ilustrada, es objetado desde una eventual sensibilidad postmoderna. La utopía ilustrada y la utopía industrialista, que están en la base valórica de la modernidad y que permiten entender el desarrollo como homogeneización progresiva, son puestas en tela de juicio al adscribirseles un exceso de normatividad, un sesgo etnocentrista y una pretensión de cohesión cultural que resulta extemporánea a la luz de la “proliferación de variedad” de los nuevos tiempos.

d. *Las ideologías*. De los puntos anteriores cae por añadidura la descalificación de toda ideología, entendiéndose por tal una visión integrada del mundo que permite explicar una gran diversidad de fenómenos en base a unos pocos principios básicos, desde los cuales se proyecta una imagen deseada de orden, considerada universalmente válida, y que puede coincidir en mayor o menor medida con el orden vigente. La descalificación de las ideologías trae consigo la descalificación de las utopías, entendidas como imágenes de un orden social ideal que poseen fuerza orientadora para tomar decisiones en el presente y que determinan direccionalidad de conjunto hacia el futuro. Si el pensamiento utópico ha sido considerado, en toda la modernidad y desde el humanismo renacentista, como un ejercicio de la libertad de espíritu, en la postmodernidad aparece como un recurso autoritario para imponer orientaciones sobre la sociedad.⁸

7. Véase Pedro Morandé, *Cultura y modernización en América Latina* Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1984; y Fernando Mires, “Continuidad y ruptura en el discurso político”, en Revista *Nueva Sociedad* N° 91, Caracas, septiembre/octubre 1987.

8. Esta connotación negativa con que se encara el pensamiento utópico ya se encontraba largamente desarrollada en la obra de Karl Popper, *The Open Society and its Enemies*, 2 vols., Londres, Routledge & Kegan Paul, 5ª edición, 1966.

Si el relato postmoderno declara la obsolescencia del ideal de progreso, de la razón histórica, de las vanguardias, de la modernización integradora, de las ideologías y las utopías, ¿qué es lo que proclama en cambio? Básicamente, la exaltación de la diversidad, el individualismo estético y cultural, la multiplicidad de lenguajes, formas de expresión y proyectos de vida, y el relativismo axiológico. La vaguedad de esta propuesta no inquieta a sus portadores, pues encaja perfectamente con la idea de la indeterminación respecto del futuro que, para la sensibilidad postmoderna, marca el compás de los tiempos.

Estos trazos gruesos del relato postmoderno se nutren de múltiples fuentes disciplinarias. De la antropología y la etnología extraen la relativización cultural y la crítica del etnocentrismo. De la filosofía y la semiología toma la crítica del humanismo y de la centralidad del sujeto racional (universal/particular, libre/consciente), y la primacía de las estructuras y los signos sobre los sujetos. Del psicoanálisis, la relativización del campo de la conciencia y de la razón, y la prefiguración de un fondo humano y oculto, poblado de metáforas y encadenamientos incontrolables. De las formas más radicales de la teoría psicológica (antipsiquiatría, Gestalt, esquizoanálisis, psicoanálisis existencial, etc.), toma la exaltación del deseo polimorfo y la crítica a todo reduccionismo filogenético. De la teoría política, la idea de que la sociedad consta de un tejido inextricable de micropoderes y juegos de dominación locales más que universales. De la estética, el gusto por combinar estilos heterogéneos y asincrónicos (lo clásico y lo romántico, lo barroco y lo funcional, lo rococó y lo futurista). De la sociología, el reconocimiento de la heterogeneidad y complejidad de las dinámicas sociales.

IV

Lo anterior podría hacer del discurso postmoderno un sano antídoto contra la tendencia excesivamente etnocéntrica, racionalista y mecanicista de la sensibilidad moderna. De ser así, el postmodernismo puede concebirse como un movimiento interno

de la propia modernidad, que ésta pone en marcha para liberar lo mejor de sí. Pero en los hechos el debate del postmodernismo adquiere, con frecuencia, ribetes y funciones muy diferentes: se ideologiza, disfraza sus juicios normativos de juicios descriptivos y remata, contra sus propias premisas, en nuevos reduccionismos.

Esta ideologización del discurso postmoderno se advierte en los servicios que ha prestado a la ofensiva político-cultural de la economía de mercado. De hecho, la retórica postmoderna ha sido provechosamente capitalizada por el neoliberalismo para poner al día un ansiado proyecto de hegemonía cultural. Dicho proyecto fue largamente acariciado por el liberalismo y frustrado por la ética universalista del humanismo moderno, por la movilización política y/o por las presiones sociales. Lo que muchos neoliberales ven, sobre todo desde países industrializados, es la posibilidad de que la reculturización, por vía del seductor relato postmoderno, legitime la ofensiva de mercado de los años ochenta, vale decir, que haga coincidir los gustos de la gente con la promoción de las políticas pro-mercado y con la consolidación de un sistema capitalista transnacional. No por nada la promoción del debate ha corrido, al menos en buena parte, por cuenta de neoliberales o desencantados de izquierda seducidos por el anarcocapitalismo.⁹

¿Cuáles son las conexiones entre las críticas postmodernas y el proyecto de hegemonía cultural de mercado? Esquemáticamente, las siguientes:

a. *La exaltación de la diversidad* redundará en la exaltación del mercado, considerado como única institución social que ordena sin coerción, garantizando la diversidad de gustos, proyectos, lenguajes

9. "Pero el sueño de la abolición del poder ya no funciona exclusivamente como una parte de la visión socialista del futuro. Por otra parte, apareció por el lado derecho del espectro político una conceptualización radical del capitalismo, que sostiene conceptos similares. Esta unión de anarquismo y capitalismo (...) se puede hacer plausible por la privatización de las hasta ahora funciones del Estado." (Hans Albert, citado por Franz Hinkelammert, "Utopía y proyecto político. La cultura de la postmodernidad", en *Revista Nueva Sociedad*, N° 91, Caracas, septiembre/octubre 1987, p. 114-128).

y estrategias. Sólo expandiendo el alcance del mercado se evitan los excesos intervencionistas y globalizadores del Estado, institución que debe, en consecuencia, restringirse a funciones subsidiarias allí donde el mercado se muestra insuficiente. La desregulación económica y la privatización progresiva aparecen como políticas *ad hoc* para la plena actualización del individualismo "lúdico" que pregona el discurso postmoderno. La desregulación es el correlato práctico de la apuesta valórica por la multiversidad. Tras esta apuesta pierden relevancia los problemas de disparidad social, heterogeneidad estructural, insuficiencias dinámicas del desarrollo, y tantos otros.¹⁰

b. La crítica de las vanguardias se traduce en: i) una crítica de la función transformadora de la política, a menos que la transformación sea en pro de la desestatización y de la desregulación (del anarcocapitalismo);¹¹ ii) una crítica de la planificación e intervención desde el Estado para ordenar, regular u orientar el curso económico de la sociedad (reduciendo, en los conceptos, el Estado a un actor social entre otros, para luego objetar su acción interventora por tratarse de la voluntad de dominio de un actor sobre el resto).

10. En este sentido, una visión postmoderna para América Latina la provee el best-seller de Hernando de Soto, *El otro sendero*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1987. En este libro el ensayista peruano hace un análisis del vasto mundo informal en el Perú y llega a la conclusión de que la variedad de formas que asume la informalidad, que se despliega a pesar de la regulación estatal, evidencia las bondades del mercado. De ese modo, el autor transforma un problema —el mundo informal— en una virtud, pasando por alto la precariedad de recursos y la pobreza que acompaña a la gran mayoría de los informales. No es casualidad que el libro se promueva en todos los países latinoamericanos por organismos y medios de comunicación de tendencia neoliberal, y que hasta Reagan, en un discurso, se haya referido con entusiasmo al libro de De Soto.

11. Ejemplo de ello lo encontramos en el libro de Joaquín Lavín, *La Revolución Silenciosa*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1987, otro reciente best-seller intensamente promovido por los medios neoliberales. Tanto en el caso del libro de De Soto como en el de Lavín se observa una estrategia de hegemonía político-cultural de la ofensiva de mercado: apropiarse de términos que, tanto en la oferta ideológica como en el imaginario social, han formado parte de la crítica al capitalismo ("marginalidad", "informalidad", "revolución"), para reorientarlos de manera funcional a las estrategias de expansión de los mercados.

c. *No habiendo una dinámica emancipadora* que corre por debajo de los acontecimientos o que guía las acciones de la humanidad, nada nos permite cuestionar el orden espontáneo de la sociedad, incluyendo la disparidad del consumo, el derroche, la alienación del trabajo, la brecha entre países industrializados y países en desarrollo, la marginalidad social, el tecnocratismo, o el uso que se hace de los recursos productivos.

d. *La crítica de las ideologías* se capitaliza en crítica al marxismo y a sus versiones humanistas-socialistas; la crítica de las utopías tiende a volcarse específicamente sobre utopías igualitarias o sobre cualquier ideal desde el cual se propongan como tareas presentes, mecanismos redistributivos.

e. *La crítica de la integración modernizadora* transforma la heterogeneidad estructural en una sana muestra de diversidad y relativiza indicadores convencionales de desarrollo, tales como la mayor y mejor cobertura de servicios estatales o la formalización de la fuerza de trabajo.¹²

No deja, pues, de llamar la atención la sincronía entre la ofensiva de mercado y un proyecto de sensibilización cultural que le es afín. Es allí donde el análisis requiere hilar fino. No puede deducirse automáticamente, de la comprobación de modelos en crisis, la defensa de un statu quo donde impera la competencia desigual, la inequidad social, la voluntad de las transnacionales o la regulación discrecional desde el capital financiero. La astucia discursiva del neoliberalismo postmoderno reside allí en el buen uso de eufemismos, mediante el cual los intereses de los centros de poder político y económico, y de sectores más identificados con la economía "libre", se barnizan con esteticismos que sin duda los tornan más atractivos. Así, es más llamativo hablar de la diversidad que del mercado, del polimorfismo cultural que de la competencia individual, del deseo que de la maximización de ganancias, del juego que

12. Una vez más, el ensayo de De Soto resulta ilustrativo al respecto.

del conflicto, de la creatividad personal que del uso privado del excedente económico, de la comunicación e interacción universales que de las estrategias de las empresas transnacionales para promover sus productos y servicios. De este modo, las contradicciones sociales del capitalismo, acentuadas en la periferia latinoamericana, se escamotean tras la exaltación de las formas y los lenguajes. La crisis económica se mitiga discursivamente con la invocación de una bella anarquía, y la heterogeneidad estructural se maquilla con la exaltación de la creativa combinación de lo moderno y lo arcaico, encarnación periférica de lo postmoderno.

V

Lo anterior es un ejemplo de cómo el discurso postmoderno puede derivar en ideología funcional a un tipo de racionalización sistémica, pese a contener una retórica anti-sistémica. Precisamente por esta retórica, corre el riesgo de constituir un lubricante para que la racionalización capitalista transnacional penetre en la sensibilidad de las personas. Para ello opone al énfasis ético del desarrollo un encanto estético para la crisis. La negligencia ante el futuro asume la figura atrayente de pasión por el presente.

Pero el mismo relato postmoderno es susceptible de múltiples interpretaciones y usos. No puede reducirse a los usos de racionalización capitalista o de ofensiva neoliberal en que algunos teóricos encuadran la filosofía de la postmodernidad.¹³ De hecho muchos entusiastas del relato postmoderno se sitúan políticamente a considerable distancia de las posturas

13. Esta reducción la hace en buena medida Franz Hinkelammert en el artículo ya citado ("Utopía y proyecto político. La cultura de la postmodernidad"). Distinta es la visión que tiene Agnes Heller: "El 'todo vale' (del postmodernismo) no es ni conservador, ni revolucionario, ni progresista (...) De hecho, ha triunfado el relativismo cultural, que inició su rebelión contra la fosilización de las culturas de clase y contra el predominio 'etnocéntrico' de la 'única cultura correcta y auténtica'". (Agnes Heller, "Los movimientos culturales como vehículo de cambio", *Revista Nueva Sociedad* N° 96, Caracas, julio/agosto 1988, p. 44).

neoliberales.¹⁴ Además, actitudes tales como la pasión por el presente, la inclinación esteticista, la exaltación de la diversidad, el rechazo del etnocentrismo, el gusto por las sociedades abiertas, el retorno al individualismo pluralista, el polimorfismo cultural o la apuesta por la creatividad, bien pueden ensamblarse a proyectos políticos de muy diversa índole. Por otra parte, el cuestionamiento de paradigmas y matrices culturales a la luz de escenarios emergentes, no necesariamente conduce a la defensa del anarcocapitalismo. Finalmente, la crítica de paradigmas que han orientado los estilos de desarrollo también ha fecundado propuestas alternativas que, lejos de emparentarse con la ofensiva de racionalización capitalista transnacional, buscan movilizar la creatividad social en una dirección totalmente diferente. A continuación intentaré ilustrar, aunque sea de manera sucinta, estos últimos puntos.

En relación a paradigmas u opciones de modernización rebasadas por la dinámica histórica, sin que ello implique desembocar en posturas neoliberales, valgan las siguientes reflexiones orientadas a la realidad latinoamericana:

a. El modelo industrializador centrado en la sustitución de importaciones reveló tener menos capacidad integradora de la que se propuso originalmente, tanto por insuficiencias internas como por variables exógenas. Por otra parte el modelo también produjo efectos corrosivos, puesto que con frecuencia en nombre de la modernización se despojó de arraigo cultural y de entorno ecosistémico a sectores que incorporaron las expectativas de la cultura industrializadora, pero en calidad de expectativas frustradas: condenados por el propio patrón de desarrollo a la marginalidad social y la informalidad económica, vieron pasar los ansiados beneficios del crecimiento por la vereda de enfrente. Sin embargo, las insuficiencias del modelo o sus *trade-offs* no tienen por qué

14. Entre los cuales se incluyen algunos aquí citados, tales como Ardití, Lechner, Pareja, Baudrillard y el propio Lyotard, y otras figuras del mundo anglosajón que buscan tender puentes entre el pensamiento contestatario y algunos elementos del postmodernismo (Hal Foster, Carig Owens, Fredric Jameson, etc.).

movernos a un esquema neoliberal. Precisamente, las insuficiencias dinámicas de acumulación advertidas por el enfoque estructuralista de la CEPAL desde hace mucho tiempo, y el crecimiento económico sin equidad social que ha caracterizado a nuestros países incluso en los tiempos de entusiasmo compartido respecto del paradigma modernizador, no encuentran remedio en recetas de corte neoliberal. Por el contrario, tales recetas agudizan las tendencias regresivas en materia de integración social y de crecimiento equilibrado, en lugar de inhibirlas. Por último, el capitalismo transnacional promueve hoy día pautas imitativas de consumo que tienen muy poco que ver con la exaltación de la diversidad y la crítica del etnocentrismo. Promover, en lo particular, la diversidad en el consumo de bienes y servicios, bien puede ser una forma de promover, en lo general, una lógica económica sistémica que todo lo reduce a sus propios términos.

b. Los estilos de modernización han mostrado un privilegio excesivo de racionalidad sistémica por sobre los "mundos de vida". Consecuentemente, han delegado el saber y el poder instrumental a elites que no necesariamente han contado con legitimidad representativa y que han tendido a lógicas "perversas" de tipo tecnocrática, burocrática y clientelar. De este modo, el predominio de una razón sistémica, tanto en el aparato político como en la expansión del capitalismo moderno, redundó con frecuencia en el sacrificio de la participación social en las decisiones y gestiones, y en una democracia restringida donde se entremezcló el poder del *expertise* con viejas estructuras sociopolíticas oligárquicas. Curiosamente, la exaltación acrítica que neoliberales postmodernos hacen de las nuevas tecnologías y de la racionalización de la política, no revierte esta tendencia sino que la refuerza con un nuevo discurso triunfalista, según el cual la tecnología tiende cada vez más, y de manera casi-espontánea, a responder a las pulsiones, afectos y preferencias de las personas. Contra esta euforia tecnicista se levantan las viejas advertencias de la Escuela de Frankfurt, en el sentido de que la crisis de la modernidad no tiene su causa en su incapacidad para generar una razón sustantiva o utopías colec-

tivas, sino en el predominio creciente de la racionalidad instrumental sobre los valores y las utopías propias del humanismo.¹⁵ Queda todavía por definir si la apuesta por la desregulación en la aceleración del cambio tecnológico, y la euforia productivista que la acompaña, mitigan o refuerzan estas sospechas “modernas” formuladas por el humanismo crítico hace ya algunas décadas.

c. Es imprescindible revisar el papel del Estado en las sociedades latinoamericanas, y esto en más de un aspecto. En lo económico, la centralidad del Estado en el impulso al desarrollo ha entrado en crisis de eficacia y de motivación. No se requiere ser un neoliberal para objetar la hipertrofia estatal, el gigantismo del sector público o la ineficiencia de las burocracias. En lo político, la revisión del papel del Estado se vincula a los nuevos bríos cobrados por el tema de la democracia, sus principios y sus formas más adecuadas. Así, el énfasis en la concertación social, en la participación ciudadana, en la descentralización y en la autonomía a escala local o regional, apuntan a minimizar los efectos coercitivos del Estado, y a incrementar su legitimidad social como articulador de los distintos actores sociales. Todo lo anterior no supone un tipo de racionalización capitalista-transnacional, sino una búsqueda por conjugar las especificidades de la sociedad civil con los desafíos del desarrollo. No es la privatización indiscriminada lo que se pretende en este caso, sino encontrar nuevas articulaciones entre poderes que refuercen sus capacidades representativas y su eficacia social.

d. Es importante reconsiderar el papel de la planificación en el ordenamiento económico y social, y en la direccionalidad que impone al desarrollo. Esto supone la crítica de la planificación normativa, la incorporación de nuevos insumos perceptivos en el ejercicio del planificador, la revisión de las racionalidades dominantes sedimentadas en la práctica de la planificación, y una

15. Véanse al respecto dos textos clásicos de la Escuela de Frankfurt: M. Horkheimer y T. A. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, trad. de H. A. Murena, Buenos Aires, SUR, 1969; y Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, trad. de H. A. Murena y D. J. Vogelmann, Buenos Aires, SUR, 1973.

coherencia mayor en la articulación entre la dimensión técnica y la dimensión política en los procesos decisorios.¹⁶ Pero esto no fuerza ni a renunciar a la planificación ni a reducirla a su mínima expresión, sino a replantearla como un ejercicio en que concurre una gama más amplia de agentes, y donde nuevas herramientas como la construcción de escenarios y la negociación permanente cobran relevancia inédita. No supone tampoco que la planificación sea la negación de la diversidad o el predominio de una casta tecnocrática, sino que desafía a planificar en situaciones complejas y con racionalidades múltiples. La planificación se opone a la negligencia frente al futuro, pero no por eso sacrifica pasión por el presente.¹⁷ La direccionalidad siempre puede recrearse para conferirle sentido al presente. La crisis de la planificación no es su colapso, sino el resorte para repensarla a la luz de sistemas democráticos y de nuevas exigencias de desarrollo.

e. En consecuencia con el punto anterior, la crítica de la direccionalidad de nuestra historia presente no tiene por qué confundirse con el rechazo de toda direccionalidad. Lo que está en

16. Al respecto son ilustrativos entre otros, los siguientes textos: Alfredo Costa-Filho, "Los nuevos retos de la planificación", Santiago de Chile, documento ILPES, 1988; ILPES (Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social), "Planificación para una nueva dinámica económica y social", Santiago de Chile, *Revista de la CEPAL* N° 31, 1987, pp. 19-23; Eduardo García, "Nuevas orientaciones para la planificación: un balance interpretativo", *Revista de la CEPAL*, *op. cit.*, pp. 25-31; Harold D. Linstone, "La necesidad de perspectivas múltiples en la planificación", *Revista de la CEPAL*, *op. cit.*, 43-49; Paul Dubois, "Modelos macroeconómicos y planificación en un futuro incierto. La experiencia francesa", *Revista de la CEPAL*, *op. cit.*, pp. 59-68; Carlos Matus, "Planificación y gobierno", *Revista de la CEPAL*, *op. cit.*, pp. 161-177; y Carlos Matus, *Planificación de situaciones* Caracas, CENDES, 1977.

17. "Planificación' no es opuesto de 'mercado' (...) planificación es más bien antítesis de negligencia respecto del futuro." (LPES, *op. cit.*, p. 19). Nadie puede dudar además que las propias empresas transnacionales, que constituyen el eje de rearticulación del sistema, planifican todo el tiempo e invierten sumas astronómicas en ello. Estrategias de empresas transnacionales que incluyen la aceleración de innovaciones tecnológicas o diversificación de productos responden a una cuidadosa tarea de planificación.

tela de juicio son los estilos de desarrollo lineales, los patrones consagrados en el pasado y los modelos orientadores desde los centros. Las crecientes dificultades que suscitan las aspiraciones históricas a la modernización (por los costos sociales de los ajustes y los costos económicos de la reconversión productiva) tornan difusa la imagen de futuro. Además, los costos culturales de un desarrollo imitativo son altos y poco éticos. Pero esta crisis de direccionalidad no se resuelve desregulando y privatizando a destajo. Sigue acechando la necesidad colectiva de imágenes de futuro, por más que la oferta de estas imágenes se haya empobrecido desde el derrumbe de las grandes utopías.

f. Nuevas condiciones políticas, económicas y tecnológicas tornan cada vez más difícil la soñada confluencia de proyectos particulares en un proyecto conjunto de transformación de la sociedad. La desmistificación del socialismo, la fragmentación social, y la tendencia más pragmática y gradualista en el ejercicio político, le han quitado a la idea de revolución su fuerza movilizadora. Varios factores desdibujan la formulación de proyectos globales de cambio estructural capaces de entusiasmar a vastos sectores sociales: la proliferación de intereses corporativos; la disgregación o pérdida de perfil de la clase obrera; la fragmentación de identidades que torna casi metafísica la imagen unitaria de "pueblo"; la informalización vertiginosa y la proliferación de las más variadas estrategias de supervivencia. Pero una vez más, la crisis no supone el colapso sino el desafío a la inventiva.

VI

Entre las propuestas y/o percepciones alternativas que intentan buscar salidas a la crisis de paradigmas de modernización en América Latina, y que mantienen una distancia crítica con el paradigma neoliberal, las siguientes pueden resultar ilustrativas:

a. La revalorización de la democracia, tanto por su valor intrínseco como porque constituye un marco indispensable para conju-

gar dinámicamente la pluralidad de intereses y demandas sociales. La teoría política ofrece, por cierto, diversas concepciones de la democracia. Pero frente a la mentada complejidad creciente del tejido social y las recurrentes crisis de gobernabilidad, gana reconocimiento un modelo democrático fundado en una amplia concertación social.¹⁸ Tal concertación se ofrece, en un incipiente imaginario democrático, como plataforma para resolver conflictos entre sectores minimizando la coerción y maximizando la gobernabilidad; y para articular de manera más armónica las relaciones entre Estado y sociedad civil, entre la dimensión técnica y la dimensión política del desarrollo, entre la planificación y el mercado, entre lo micro y lo macro, y entre lo local y lo nacional. Una democracia con capacidad articuladora permitiría optimizar los niveles de participación social, de descentralización de procesos decisorios, de asignación de recursos entre los agentes del desarrollo, y de distribución de parte de los frutos del crecimiento. Por último, la democracia fundada en la concertación social es el medio más idóneo para incentivar una cultura de convivencia ciudadana, desde la cual puedan idearse proyectos de sociedad con legitimidad social.

b. La reorientación de la planificación conforme a percepciones más acordes con los nuevos escenarios de complejidad social. Ello supone la relativización de paradigmas lineales y exige trabajar con niveles crecientes de indeterminación respecto del futuro, finales abiertos y rectificaciones continuas sobre la marcha, grados sin precedentes de incertidumbre, activación y coordinación de energías sociales dispersas, campos de interacciones múltiples, y mecanismos de cohesión que puedan articular sin homogeneizar.¹⁹

18. Es prolifera la literatura que apunta en esta dirección. Valgan los siguientes ejemplos: Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Santiago de Chile, Ainavillo-FLACSO, 1984; Ángel Flisfisch, "Consenso democrático en el Chile autoritario", en *Cultura política y democratización*, op. cit., pp. 99-128; Norbert Lechner (comp.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1981; y Gino Germani y otros, *Los límites de la democracia*, Buenos Aires, CLACSO, 1985.

19. Véanse los trabajos del ILPES ya citados.

c. El cambio de percepción y actitud frente a la realidad, tanto de la *intelligentzia* (cientistas sociales y políticos, la academia y el mundo del arte) como de buena parte de la sensibilidad general de las personas. En la década de los sesenta, por ejemplo, el ejercicio de cientista social estuvo claramente determinado por una ciencia militante que se identificó con uno u otro modelo de Estado y de organización social, y que proyectó un normativismo fuerte en cuanto a la dirección del desarrollo. También los partidos políticos, los artistas y muchos intelectuales independientes se inclinaron hacia las “apuestas fuertes”. En la actualidad, en cambio, buena parte de esta *intelligentzia* en la región se ha desplazado hacia una mayor humildad intelectual, desde la cual se busca comprender la complejidad de dinámicas que se crean entre los múltiples actores sociales. La aventura de proyectos totales ha sido sustituida por la observación “prudente” de las articulaciones intra-sociales.²⁰

d. La revalorización de los movimientos sociales en contraste con los partidos políticos, en tanto actores protagónicos para nuevas formas de institucionalización política.²¹ La crisis de legi-

20. En esta tendencia que privilegia los actores sociales y sus posibilidades de articulación para un orden democrático, es importante la influencia de Alain Touraine en la sociología latinoamericana. Véase, del propio Touraine, “La profesión sociológica en América Latina” (Montevideo, *Cuadernos del CLAEH*, N° 39, 1986), donde plantea que la reorientación de la sociología hacia la comprensión de los actores sociales coincide con la revalorización política de la democracia.

21. Véase, por ejemplo: Elizabeth Jelin (comp.), *Movimientos sociales y democracia emergente*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1987; Eduardo Ballón (edit.), *Movimientos sociales y democracia: la fundación de un nuevo orden*, Lima, DESCO, 1986; Alain Touraine, *Nuevas pautas de acción colectiva en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC, 1984; Fernando Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, CLACSO, 1986; Fernando Calderón y Mario R. dos Santos, “Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación”, en *Cultura política y democratización, op. cit.*, pp. 189-198; y Enzo Faletto, “Propuestas para el cambio. Movimientos sociales en la democracia”, en *Revista Nueva Sociedad, op. cit.*, pp. 141-147.

timidad en el sistema de partidos ha dado lugar a una búsqueda de nuevas formas de hacer política, o al menos de diversificación de prácticas políticas. En ese marco, los movimientos sociales aparecen como portadores de nuevas o distintas lógicas de articulación de intereses colectivos. También deben destacarse los llamados nuevos movimientos sociales, identificados principalmente con organizaciones de base en el mundo popular.²² Estos nuevos movimientos sociales ocupan segmentos de informalidad, se desenvuelven a escala comunitaria o local, y en su práctica conjugan diversas funciones: administrar la escasez, movilizar energías sociales dispersas, desjerarquizar relaciones sociales, construir nuevos sentidos para la identidad compartida, promover la participación comunitaria y alimentar la democracia en los pequeños espacios. Si bien no es fácil ponderar la influencia de los nuevos movimientos sociales en la construcción del imaginario societal, su emergencia plantea un reto motivador en la medida en que apela al rescate de la creatividad popular y de culturas de desarrollo alternativo.

VII

La recuperación del debate postmoderno puede ser fecundo en la medida en que redimensiona la reflexión en torno a las culturas del desarrollo. Su mirada a la modernidad permite interpretar la crisis de los estilos de modernización en tanto crisis cultural. Por una parte, esto ayuda a poner en perspectiva los reduccionismos que trasuntan actualmente las estrategias económicas, las políticas

22. Véanse, por ejemplo: Tilman Evers, *Identidade: a face oculta dos novos movimentos sociais* Brasil, Novos Estudos, CEBRAP, abril de 1984; José Luis Castagnola, "Participación y movimientos sociales", en *Cuadernos del CLAE* N° 39, Montevideo, 1986; Luis Razeto y otros, "Las organizaciones económicas populares", PET, Santiago de Chile, 1983; y CEPAUR, *Desarrollo a Escala Humana: una opción para el futuro*, Development Dialogue, N° especial, Upsala, diciembre de 1986.

de ajuste o el manejo financiero. Por otra parte, provee a la discusión sobre políticas y estrategias de un marco más comprensivo desde el cual es posible movilizar nuevas síntesis interpretativas para la reinención colectiva del futuro. El retorno a la dimensión cultural del desarrollo permite recrear horizontes que impregnen a la política —y a las políticas— con una potencia movilizadora que convoque y comprometa a los actores sociales.

De manera más o menos explícita, las percepciones o propuestas alternativas desglosadas en el punto anterior incorporan la dimensión cultural del desarrollo. El rescate de los nuevos movimientos sociales muestra una preocupación por la constitución de identidades colectivas, sean regionales o sectoriales. La preferencia por los movimientos sociales frente a los partidos políticos implica el privilegio de nuevas lógicas de dinámica social, la búsqueda de nuevas formas de hacer política y un aterrizaje *ad hoc* de la exaltación de la diversidad. La revalorización de la democracia y del pluralismo apuntan a la consolidación de una cultura democrática y no sólo de un gobierno electo por las mayorías. La reorientación de la planificación pone en marcha un cambio en los paradigmas de interpretación y predicción de la realidad, y exige un giro en la estructura perceptiva, no sólo en planes y programas. La reorientación de las ciencias sociales también implica un cambio en la forma de comprender la realidad social, a partir de la comprobación de la complejidad progresiva, la desarticulación intensiva y el polimorfismo del tejido social.

En todas estas formas de buscar a tientas se vuelve a poner sobre el tapete la tensión entre razón instrumental y razón sustantiva, y entre medios y fines. ¿No es éste, acaso, uno de los grandes dilemas culturales de la modernidad? Como se señaló en un comienzo, el debate postmoderno bien puede ser un insumo para desentrañar el fondo cultural sobre el cual se ha construido el camino de la modernización en América Latina, sea éste exitoso o frustrado, abierto o trunco. No por ello ha de renunciarse a la invención de utopías o al diseño de proyectos, ni limitar la política a la somnoliente y cínica administración de la crisis. Por el

contrario, es a partir de la tematización del cimiento cultural de la modernización que puede romperse la inercia administrativa, el cerco neoliberal o la compulsión cortoplacista.

Lo anterior requiere que abramos nuestra percepción a nuevos contextos. Nuestra batería de herramientas interpretativas no puede permanecer incólume ante fenómenos tales como la aceleración del cambio tecnológico, la recomposición ocupacional, la transnacionalización de la cultura que acompaña a la globalización de los mercados, y la rearticulación y desarticulación social. Precisamente, el desafío es enriquecer conceptos que desde hace bastante tiempo nos han permitido relacionarnos críticamente con la modernidad: conceptos tales como la alienación, la satisfacción de necesidades sociales, el cambio estructural, la emancipación y otros. Nada de esto resulta irrelevante ni antojadizo hoy día.

Tampoco debiera descartarse de lleno el arsenal interpretativo del enfoque estructural del capitalismo periférico. Durante mucho tiempo dicho enfoque permitió ejercer una notable capacidad crítica y constructiva respecto de los estilos de modernización impulsados en la región. Varias de sus sospechas y advertencias siguen confirmándose actualmente: la tendencia regresiva de los términos de intercambio, la insuficiencia dinámica de acumulación del capitalismo latinoamericano, las dificultades para conciliar crecimiento y equidad, y la sostenida heterogeneidad estructural, muestran la fuerza analítica del enfoque estructural.²³ Pero una vez más: la apertura del enfoque a la ya mencionada problemática de la complejidad social o de la indeterminación progresiva obligan a una revisión crítica del paradigma mecanicista con que suele operar el enfoque estructural.

En síntesis: ¿Cómo incorporar el debate postmoderno para reactivar la base cultural del desarrollo, sin que ello conduzca a

23. Entre la vasta bibliografía de Raúl Prebisch, el mentor intelectual del enfoque, merecen citarse textos tales como: "Estructura económica y crisis del sistema", *Revista de la CEPAL*, segundo semestre de 1978, pp. 167-264; y el libro *Capitalismo periférico: crisis y transformación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

un postmodernismo funcional al proyecto de hegemonía político-cultural del capitalismo transnacional? ¿Cómo confrontarnos creativamente con nuestra crisis de paradigmas y proyectos, sin que esa confrontación nos sumerja en un *pathos* crepuscular donde sólo queda la insomne administración de la entropía, la aceptación acrítica de un statu quo que es, en sí mismo, crítico? ¿Cómo reinterpretar los desafíos de la planificación, el papel de la institucionalidad política y estatal, los programas de modernización, a la luz de este eventual terremoto cultural anunciado por las trompetas postmodernas? ¿Cómo integrar la crítica al etnocentrismo (y con ella, la crítica a los patrones imitativos de desarrollo) sin desembocar en bucolismos o anacronismos de última generación?

La complejidad que se destapa puede mover tanto a la impotencia como a la inventiva. La definición originaria de la crisis alude, justamente, a un momento de máxima inflexión cuyo desenlace está poblado de incertidumbre: nadie garantiza un salto dialéctico hacia una fase superior, y ninguna sociedad está exenta del riesgo de colapsos sucesivos. El final abierto es nuestra fragilidad, pero también nuestra fuerza. Al calor de esta ambivalencia, vamos y volvemos del entusiasmo a la desesperanza. Postmodernos por osmosis, en medio de una modernización pendiente.